

## Escritura adictiva

### *Noche sin fortuna, seguido de "Antígona"*

ANDRÉS CAICEDO

Seix Barral, Bogotá, 2019, 220 pp.

ESTE VOLUMEN supone la cuarta reedición de esta novela póstuma de Andrés Caicedo, a cuya escritura estaba dedicado en el momento de su suicidio, en 1977. Incluye el relato "Antígona" —escrito en 1970 y publicado en 1979—, antecedente claro de la novela por la importancia del personaje del título en ambas obras; de ahí que resulte oportuna su inclusión en el volumen. *Noche sin fortuna* apareció por primera vez en 1984, en la editorial colombiana Oveja Negra, formando parte del libro *Destinitos fatales*. Posteriormente, Editorial Norma la publicó de nuevo en 2002 —también junto a "Antígona"— y en 2009 ese mismo sello la reeditó, dentro de su Biblioteca Andrés Caicedo, con prólogo de Alberto Fuguet, entusiasta admirador de Caicedo y uno de los que más han hecho por difundir su obra más allá de Colombia.

Desde 1984 hasta ahora, Andrés Caicedo ha pasado de ser un escritor de culto, marginal, protagonista de la escena contracultural de su país durante los años setenta, a ocupar un lugar de referencia ineludible en la literatura colombiana contemporánea. Siguiendo el lema que él mismo proclamara: "Muere joven y deja obra" —a su muerte solo había publicado *El atravesado* y su novela más reconocida ¡Que viva la música!—, legó una considerable cantidad de manuscritos —cuentos, novelas, ensayos, obras teatrales, guiones, memorias, apuntes diversos— que han ido viendo la luz desde entonces hasta conformar un extenso corpus literario de interés indudable. En vida un escritor conocido y admirado solo en círculos muy restringidos, hoy en día su obra ha sido difundida y estudiada en numerosos artículos periodísticos y académicos, en monografías y tesis doctorales, y su literatura y su vida han sido tema de documentales y de una importante exposición conmemorativa de los 35 años de su muerte, organizada en 2012 por la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá.

*Noche sin fortuna* constituye un buen muestrario de la narrativa de Andrés Caicedo en cuanto a sus temas y estrategias de escritura: los ritos de iniciación adolescente; los paisajes urbanos que recrean los ambientes de la juventud acomodada de Cali, su ciudad natal, junto a una atracción intensa por sus ambientes marginales; la música y las drogas en el centro de vivencias que buscan obsesivamente el goce, llevar al extremo las pulsiones del cuerpo, y por las que la muerte merodea en todo momento; los cruces entre alta y baja cultura a través de referentes literarios y cinematográficos continuamente invocados, y la oralidad omnipresente como base de una escritura nerviosa y multidireccional... —características que perfilaron un conjunto narrativo lleno de ecos y correspondencias entre las diferentes ficciones que lo conformaron—.

La presente edición se abre con dos textos a modo de prólogo: una presentación de Frank Wynne, el traductor al inglés de la novela más conocida de Caicedo, ¡Que viva la música!, y un breve ensayo titulado "Luz al sendero de *Noche sin fortuna*", escrito por Sandro Romero Rey, dramaturgo, colaborador de Andrés Caicedo en varios proyectos culturales y así mismo editor de buena parte de su obra póstuma, incluida *Destinitos fatales*. Ambas piezas ofrecen una breve semblanza de Caicedo y analizan con solvencia, a pesar de su brevedad, algunos aspectos significativos de la obra y la poética de su autor.

El libro debe su título, como señala Romero en su artículo, a una de las estrofas del bolero "Rayito de luna", popularizado por Los Panchos:

Tú diste luz al sendero  
en mi noche sin fortuna  
iluminando mi cielo como un rayito  
claro de luna.

Estos versos, que funcionan como subtexto de la narración, aparecen también en "El atravesado", el primer relato que publicó Caicedo, otra de sus ficciones que ofrece un buen número de puntos en común con esta novela. Estas correspondencias entre su obra inicial y su última novela confirman hasta qué punto su narrativa transitó en todo momento por obsesiones y

territorios muy acotados y revisitados una y otra vez.

Puede debatirse si *Noche sin fortuna* es una novela inacabada —el texto se publica tal y como fue encontrado en su versión manuscrita tras la muerte de su autor, según aclara Sandro Romero Rey en su prólogo—, pero yo no la consideraría incompleta. La escritura de Caicedo nunca se sostuvo en estructuras y argumentos cerrados; se desplegó sobre todo a partir de la subjetividad desordenada, desajustada, muchas veces caótica, de narradores que entremezclaban en su relato recuerdos, vivencias, pesadillas y alucinaciones sin sujetarse a ningún tipo de orden, haciendo de la digresión uno de sus recursos básicos: *Noche sin fortuna* se mueve en estos cauces. Además, su final —con el regreso de Solano Patiño, Antígona y Danielito Bang a la fiesta de Angelita Sardi con la que comienza la historia, y su salida de la casa en una escena con claros ecos cinematográficos típicos de su literatura— permite pensar que el argumento llegó hasta donde su autor se propuso.

La historia comienza y se desarrolla en su primera mitad a partir de una situación trivial. Solano Patiño, el protagonista y narrador, ha sido invitado a la fiesta de los quince años de Angelita Sardi, una joven adolescente de la alta sociedad de Cali. Solano, un adolescente solitario, dependiente de su atractiva madre, con problemas estomacales y de aliento y que no sabe bailar, demora la llegada a la fiesta: primero esperando a su amigo Danielito Bang, que le había prometido acompañarlo; luego, dado que su amigo no aparece, recorriendo las calles de Cali, en un paseo que le hace evocar desordenadamente un sinfín de anécdotas de su infancia, que van mezclándose con la descripción del ambiente de los lugares por los que pasa. Tras ello, Danielito se encuentra con Solano y llegan a la casa de Angelita. Justo en ese momento, su amigo, tras una confesión enigmática, se despide de él y no entra a la fiesta.

En medio de su desconcierto, Solano entra al baile. A partir de ese momento, la atmósfera convencional de la novela va adquiriendo poco a poco un aspecto diferente que, en un principio, se mueve entre lo grotesco

NOVELA		RESEÑAS
<p> y lo absurdo para posteriormente dar un giro aún más extremo cuando reaparece Danielito, saca a su amigo de la fiesta y lo lleva al encuentro de Antígona. A partir de aquí el espacio se transforma, se vuelve irreal, como salido de una alucinación. El viaje acaba cuando Solano y Antígona llegan a la casa de un primo del primero: esa visita convierte definitivamente la historia en una pesadilla absolutamente inimaginable al comienzo y en la que la pulsión sexual y la pulsión de muerte, lo erótico y lo tánático —como ya se venía insinuando en el viaje en coche de Solano y Antígona hasta la casa—, se imbrican hasta hacerse indistinguibles. El regreso a la fiesta de Angelita Sardi supone una vuelta a una normalidad pero en la que ya nada es lo mismo: la iniciación a la vida se ha convertido en un tránsito donde la muerte ha dejado marcadas sus huellas. Difícil resistirse a vincular este desenlace con la imagen del joven Caicedo escribiendo —puede pensarse— con el suicidio en su horizonte vital. </p> <p> Sin duda, seguir reeditando a Caicedo, mantener su obra viva, insistir en que forme parte del presente literario, constituye un acierto indiscutible. Leerlo provoca una sorpresa siempre renovada. Sigue siendo necesario subrayar hasta qué punto su escritura constituyó una rareza, un cuerpo extraño en el contexto de la literatura latinoamericana de su tiempo, ocupada en la construcción de grandes arquitecturas narrativas, mucho más en la Colombia de los años sesenta y setenta —donde el realismo mágico vivía su apogeo y acabaría haciendo estragos en las décadas sucesivas en el campo de la novela de América Latina—. Frente a este territorio, Caicedo opuso una escritura sostenida en una mirada parcial, radicalmente subjetiva, que se nutrió de códigos de una cultura popular —sobre todo del cine, la música rock, la salsa, el bolero— que hasta ese momento se encontraba expulsada de las poéticas dominantes, pero también de referentes literarios de todo tipo: una obra, en fin, que fue resultado de una voracidad cultural insaciable. </p> <p> Esa escritura que gustó de lo kitsch, lo cursi y lo sentimental, apoyada en una oralidad ajena a toda solemnidad, </p>	<p> en su tiempo lo convirtió en un excéntrico, un auténtico raro. Pero si atendemos a ciertas líneas de la narrativa latinoamericana posterior, descubrimos a un visionario: su acercamiento a la cultura de masas lo emparenta primeramente con Manuel Puig y con los autores de la Onda mexicana; posteriormente, deja un rastro que es posible seguir en la literatura de Efraim Medina Reyes, Washington Cucurto, Alberto Fuguet, Rodrigo Fresán, Edmundo Paz Soldán, Naief Yehya y otros muchos: narradores que comienzan a escribir en una época en la que las claves culturales que interesaron a Caicedo se han vuelto ahora dominantes. </p> <p> Yendo más allá, un último aspecto de su obra pone de relieve su actualidad. Su gusto por los códigos del cine y la literatura de terror, como los de la filmografía de Roger Corman y la de George A. Romero —sobre todo <i>La noche de los muertos vivientes</i>—, o los de la literatura de H. P. Lovecraft y Edgar Allan Poe, entre otros, explica su atracción por atmósferas y seres amenazantes que se mueven alrededor de los ambientes convencionales de sus historias. No hace falta mucho esfuerzo para percibir hasta qué punto el género del terror, con sus zombis, vampiros y otros seres, se asoma en una parte significativa del cine y la literatura de los últimos tiempos. En algunos casos, en propuestas sin duda muy comerciales, pero también en otras que se sitúan en la vanguardia de la ficción latinoamericana más reciente. Sin pretender establecer influencias directas, en historias de la argentina Mariana Enríquez o de la ecuatoriana Mónica Ojeda, por poner solo dos ejemplos muy destacados, creo posible oír ecos de su escritura que todavía hoy resuenan: al poner en juego imaginarios centrales de su obra que siguen mostrando su vigencia. </p> <p> Sandro Romero Rey, en el prólogo a esta edición de <i>Noche sin fortuna</i>, señala que Caicedo escribió siempre con una “vehemencia solo comparable a la fatalidad de los adictos”. Esa adicción es contagiosa, se extendió, sigue infectando, y seguro seguirá haciéndolo en el futuro, a escritores y lectores que al leerlo pensarán que les está hablando alguien de su tiempo, un auténtico contemporáneo que desgra- </p>	<p> ciadamente murió muy joven hace ya más de cuarenta años. </p> <p style="text-align: right;"> <b>Eduardo Becerra Grande</b> </p>